

CONTRA EL ESTADO NOVO Y EL NUEVO ESTADO. EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL IBÉRICO ANTIFASCISTA

ALBERTO CARRILLO-LINARES

Universidad de Sevilla

MIGUEL CARDINA

Universidad de Coimbra

RESUMEN: *En el presente artículo pretendemos confrontar la evolución de los movimientos estudiantiles portugueses y españoles durante sus dictaduras, centrandolo el análisis en las décadas de los sesenta y setenta. Se recurre a diversas fuentes primarias (entre ellas las estudiantiles) así como bibliografía científica, elaborando un ejercicio de historia comparada con la que establecemos las principales etapas y sus peculiaridades que caracterizaron la efervescencia estudiantil de aquellos años. Todo ello encuadrado en la dinámica cultural y política internacional. A pesar de existir especificidades en cada país, se defiende que el movimiento estudiantil ibérico de estos años estuvo sometido a una cadencia reivindicativa similar, que pasó desde una fase de «autonomía estudiantil» hasta otra caracterizada por la altísima politización (cuya preocupación nuclear se encontraba fuera de la Universidad), precedida de la ruptura del movimiento unitario con la proliferación de organizaciones izquierdistas.*

PALABRAS CLAVE: **Movimiento estudiantil. Antisalarismo. Antifranquismo. Años 60-70. Oposición política. Organizaciones político-estudiantiles.**

Alberto Carrillo-Linares es profesor Historia Contemporánea. Departamento de Historia Contemporánea. Facultad de Geografía e Historia, Universidad de Sevilla, C/ Doña María de Padilla, s/n. 41004 Sevilla (España). Correo electrónico: acarrillo@us.es.

Miguel Cardina es investigador do Centro de Estudos Sociais de la Universidad de Coimbra. Colégio de S. Jerónimo. Apartado 3087. 3001-401 Coimbra (Portugal). Correo electrónico: miguelfcardina@ces.uc.pt.

AGAINST THE ESTADO NOVO AND THE NUEVO ESTADO. THE IBERIAN ANTIFASCIST STUDENT MOVEMENT

ABSTRACT: *In this article we aim to compare the evolution of the Portuguese and Spanish student movements during their dictatorships in sixties and seventies. We turn to primary sources (including those of the students) as well as specialized bibliography to elaborate a comparative history in which we establish the main phases and the peculiarities which characterized the bustle of the times within an international political and cultural context. Even though there are distinctive features within each country, we argue that the student movements of the Iberian Peninsula at that time share common features that went from an initial stage of «student autonomy» to a highly politicized phase in which the main concern lay outside the university, which was preceded by the dissolution of the unitarian movement due to the spread of extreme-left organizations in the university.*

KEY WORDS: **Student Movement. Antisalazarism. Antifranquism. Sixties-Seventies. Political opposition. Student political organizations.**

La instauración de las dictaduras ibéricas (1926-1975), con sus similitudes filofascistas y posterior evolución, dio lugar a una respuesta desde las Universidades que alcanzó dimensiones absolutamente imprevistas para los detentadores de los poderes políticos. No obstante, mientras en Portugal se produjeron algunos tumultos localizados al poco de instaurarse el nuevo régimen, en España, cuya dictadura había nacido de una cruenta guerra civil, las actividades de oposición se circunscribieron a la confección de algunas publicaciones clandestinas, realización de pintadas, etc. La represión abatida sobre las últimas ascuas de la republicana Federación Universitaria Escolar (FUE) en 1947 simbolizaba el fin de todo un periodo de luchas estudiantiles en España; apenas dos años antes, por el contrario, en la Universidad de Coimbra se registró una intensa actividad en torno a las elecciones que dieron la victoria a la izquierda. En cualquier caso, la cultura de la contestación no fue simultánea a la instauración de los regímenes, aunque 1956 representó equivalencias importantes en ambos casos, produciéndose efectos casi idénticos en términos de movilización socio-política en las universidades.

Portugal y España vivieron procesos paralelos (incluyendo el ascenso al poder de dictadores más conservadores y católicos que fascistas); a veces intercomunicados y en ocasiones de espaldas. Dictaduras de tan larga duración en el marco occidental necesariamente tuvieron que evolucionar, lo que dio lugar a fases más o menos diferenciadas. Los movimientos universitarios que surgieron en oposición al salazarismo-franquismo reflejaban no solo los distintos momentos de las dictaduras sino también la influencia de las corrientes culturales y

políticas internacionales que marcaron el signo de las protestas estudiantiles en los años sesenta y setenta. Las organizaciones que surgieron al calor de esta lucha actuaron de forma muy parecida, su estructura de movilización fue casi idéntica y no menos los referentes políticos propios de las vanguardias clandestinas que más animaban todo un ambiente cultural de época. No todos los estudiantes se encontraban en el nivel orgánico de participación y la pluralidad política fue frecuente entre los opositores portugueses y españoles, hecho que dificultó la existencia de un único frente estudiantil. Por otro lado, muchas respuestas gubernamentales fueron calcadas en ambos países aunque no siempre simultáneas. Y ello pese a la inexistencia de acciones conjuntas y la escasez de contactos personales entre estudiantes de ambos lados de la frontera.

De manera global la historia actual de Portugal y España fue paralela desde la II Guerra Mundial. Sometidas a regímenes parecidos, estos evolucionaron de modo relativamente similar y se vieron afectadas por las mismas corrientes internacionales y por el desarrollismo interno (urbanización, aumento del consumo, etc.) que adoptó forma de modernización económica y social desde los sesenta, que no política¹. Esta contradicción fue especialmente significativa en las universidades que vieron cómo en pocos años se registró una explosión de matrículas, con sus consiguientes efectos (masificación, deficiencia de recursos humanos y materiales, mayor facilidad para la protesta, etc.), que permitieron la entrada de jóvenes que nacieron tras la guerra civil española y la II Guerra Mundial². Con esta base social procedente de familias con recursos que garantizaban la supervivencia, comenzaron a gestarse otras preocupaciones no materiales sino de naturaleza política, ideológica o, si se quiere, con Ronald Inglehart, valores postmateriales, propios de los nuevos movimientos sociales³. Con todo, no se puede decir que hubiera una sincronía exacta entre ambos países.

¹ Sobre este proceso pueden consultarse, GRACIA GARCÍA, Jordi y RUIZ CARNICER, Miguel Ángel, *La España de Franco (1939-1975), Cultura y vida cotidiana*, Madrid, Síntesis, 2001, pág. 278; TUSELL, Javier, *Dictadura Franquista y Democracia, 1939-2004*, Barcelona, Crítica, 2003, págs. 205-210. Para el caso de Portugal puede verse el pionero estudio de SEDAS NUNES, Adérito y MIRANDA, David, «A composição social da população portuguesa: alguns aspectos e implicações», *Análise Social*, VII, 27-28 (1969), págs. 333-382.

² Sobre el aumento espectacular de la población estudiantil portuguesa, cfr. GRÁCIO, Rui. «A expansão do sistema do sistema de ensino e a movimentação estudantil», en REIS, António (dir.), *Portugal Contemporâneo (1958-1974)*, Lisboa, Alfa, 1989, pág. 224. Para España, pueden consultarse las siguientes fuentes en sus diversas ediciones anuales: INE, *Estadística de la Enseñanza Superior en España*; MEC, *Anuario Estadístico de España*; INE, *Estadística Universitaria Española*, además de MONTERO ROMERO, Ricardo, *La Universidad en la España de Franco (1939-1970) (Un análisis sociológico)*, Madrid, CIS, 1981, pág. 87-159.

³ INGLEHART, Ronald, «The silent revolution in Europe: intergenerational change in post-industrial societies», *American Political Science Review*, 65 (1971), págs. 991-1017 y del mismo autor, *El cambio cultural en las sociedades industriales avanzadas*, Madrid, CIS y Siglo XXI, 1991.

Para demostrar todas estas cuestiones se recurrirá tanto a fuentes primarias de época (fundamentalmente de origen estudiantil) como a la bibliografía científica especializada. La metodología mira hacia la historia comparada, tomando varios casos o temas como ejes articuladores del análisis diacrónico.

DEL LETARGO A LA DEFENSA DE LA AUTONOMÍA ESTUDIANTIL

Mientras en Portugal en el curso 44-45 la izquierda tomó posiciones a través de las elecciones estudiantiles, adoptando posiciones puramente políticas, como la negativa a asistir a una manifestación en apoyo de Salazar, en España se puede afirmar que los años cuarenta fueron tranquilos en los claustros universitarios, pese a los rescoldos, más simbólicos que activos, que sobrevivieron a la II Guerra Mundial. Y, si bien hubo incidentes, estos tuvieron más que ver con cuestiones estrictamente académicas y profesionales⁴. La participación de estudiantes en varios sucesos que podían leerse en clave política al iniciarse los cincuenta (Barcelona, 1951) hablaban ya de la inquietud latente; esta en breve se transformó en protesta abierta que con sacudidas periódicas se inició en el eje Madrid-Lisboa en 1956, significando un punto de no retorno en la creciente politización universitaria. En esta fecha los estudiantes comunistas y allegados participaron en la práctica de la nueva estrategia basada en la lucha de masas llamada a convertirse en la estrategia nuclear del movimiento estudiantil⁵. La sacudida en Madrid vino, efectivamente, seguida, aunque no relacionada, con la que tuvo lugar en 1957 en Barcelona. Y en Portugal se vivían convulsiones simultáneas, en gran medida relacionadas con

⁴ HERNÁNDEZ SANDOICA, Elena, RUIZ CARNICER, Miguel Ángel y BALDÓ LACOMBA, Marc, *Estudiantes contra Franco (1939-1975), Oposición política y movilización juvenil*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2007, págs. 63-98. CAIADO, Nuno, *Movimentos Estudantis em Portugal: 1945-1980*, Lisboa, IED, 1990, págs. 25-45; GRÁCIO, Rui. «A Contestação Estudantil – 1», en *Obra Completa III. Educadores. Formação de Educadores. Movimentação Estudantil e Docente*, Lisboa, Fundação Calouste Gulbenkian, 1995, págs. 413-418. TORRALBA, Luís Reis, *A Universidade e o Estado Novo*, Coimbra, Minerva, 1999, págs. 211-228. Restos documentales de actividad de naturaleza política (sobre España aunque a veces elaborada en el exilio), en IISH (International Institute of Social History), Martínez, cajas 1677-1678.

⁵ Son bien conocidos los sucesos madrileños y menos los habidos en Barcelona el curso siguiente (56-57). A partir de entonces Barcelona tomó decididamente el testigo hasta bien entrados los sesenta. El estudio más completo para el primer caso es ÁLVAREZ COBELAS, José, *Envenenados de cuerpo y alma. La oposición universitaria al franquismo en Madrid (1939-1970)*, Madrid, Siglo XXI, 2004 y la obra fundamental con documentos de los sucesos es MESA, Roberto (ed.), *Jaraneros y alborotadores. Documentos sobre los sucesos estudiantiles de febrero de 1956 en la Universidad Complutense de Madrid*, Madrid, Universidad Complutense, 1982 (reeditado en 2006). Para el segundo, la obra de referencia sigue siendo COLOMER I CALSINA, Josep M., *Els estudiants de Barcelona sota el franquisme*, Barcelona, Curial, 1978.

circunstancias idénticas. Fue en el mismo año de 1956 cuando los estudiantes se levantaron contra el decreto ley que suponía una ingerencia del gobierno en las asociaciones, tradicionalmente autónomas. En enero de 1957, en pleno debate sobre la ley en la Asamblea Nacional, se llevó a cabo una singular manifestación de alumnos de las tres universidades que se concentraron en el lugar; el documento, aunque aprobado, se mantuvo en *stand by* durante años, a la espera de un dictamen de la cámara corporativa.

En ambas situaciones, fue notoria la exigencia de la autonomía estudiantil. En cierto modo, se había comenzado la absorción de los principios del «sindicalismo estudiantil», emanados en gran medida de la Carta de Grenoble, aprobada en 1946 en el seno de la UNEF (Unión Nacional de Estudiantes Franceses) y que sirvió como acto fundacional de este tipo de asociacionismo. Se definía al estudiante como un «joven trabajador intelectual» y el documento suponía la aprobación de prácticas y discursos socialmente comprometidos. Progresivamente fue puesta en duda la imagen del estudiante heredada del pasado que lo contemplaba como «fuera de la sociedad, viviendo como una especie de parásito, pasando la mayor parte de su tiempo en ocupaciones agradables más o menos folklóricas y sin preocuparse del futuro»⁶. Este tipo de sindicalismo estudiantil se fue extendiendo en semiclandestinidad en la península ibérica durante los años cincuenta y los inicios de los años sesenta.

De este modo, a grandes rasgos, y obviando circunstancias particulares, se podrían establecer varias fases en la historia del movimiento estudiantil ibérico antifranquista: una primera fase de aletargamiento que se inició con la implantación del nuevo régimen y se prolongó hasta 1964 aproximadamente. Aunque existen incidentes importantes como los señalados, es preciso apuntar matices: para el caso español no se puede afirmar que hubiera una clara continuidad y coordinación o retroalimentación en las protestas (56, 57, 62, 65) sino más bien explosiones manifiestas de descontento en los distritos más avanzados políticamente, a veces estimuladas por sucesos de gran impacto social, como la huelga minera del 62 en Asturias cuyas secuelas se dejaron notar en las universidades españolas. Había un sustrato común, eso sí, que era de naturaleza sindical y que inspiraba las exigencias de autonomía estudiantil. Por su parte en el país luso, la «crisis del 62» marcó el inicio visible de un viaje sin retorno de desafecciones estudiantiles respecto al Estado Novo, aunque en el discurso sobre la autonomía estudiantil sobresalían en ese momento reflexiones propias de un mensaje más politizado, de timbre democrático y antifascista. También en España el *leitmotiv* movilizador, que cada vez adoptaba mayor enfoque político, era la lucha contra el SEU, la autoorganización sindical y la autonomía respecto al gobierno; en Portugal, el proceso se mani-

⁶ GAUDEZ, Pierre, *Os Estudantes*, Lisboa, O Tempo e o Modo, Morais Editora, 1965, pág. 20.

festó a través de la defensa de las asociaciones estudiantiles como las únicas estructuras dotadas de legitimidad formal de representación, así como la aparición, al iniciarse los sesenta, de una juventud estudiantil dotada de una mayor apertura moral y de una creciente preocupación política.

Al comenzar el año de 1962, y precisamente en respuesta a la prohibición gubernamental de dos reuniones inter-universitarias, en Coimbra, y la celebración del Día del Estudiante, en Lisboa, desencadenó una crisis de proporciones inusitadas. El impacto del episodio llevó a dimitir como rector de la Universidad de Lisboa a Marcelo Caetano —sucesor de Salazar en 1968— en señal de protesta por la violación del espacio universitario por parte de la policía que procedió a la detención de varios estudiantes durante la primavera y el verano de 1962. Por aquellas fechas el movimiento asociativo recurría cada vez con mayor frecuencia a expresiones del tipo «urgente democratización de la educación», reclamando mejoras en las becas de estudios y la vivienda para «facilitar el acceso a la educación superior de nuevas capas de la sociedad portuguesa», mientras asumía como propias formas de lucha tomadas del mundo del trabajo, como las huelgas, aunque habitualmente envueltas en fórmulas eufemísticas, como «duelo académico»⁷.

En este periodo comenzó a detectarse ya un fenómeno típico de la clandestinidad en las dictaduras ibéricas: la proliferación de un sinnúmero de siglas de las diversas organizaciones, una verdadera sopa de letras política. Tanto en Portugal como en España (algo más tarde), de hecho, las asociaciones académicas se convirtieron en especies de «islas de libertad», donde en sus secciones culturales y de información/propaganda se daba cobijo a algunos de los estudiantes con más inclinaciones políticas. La experiencia «frentista» del MUD-Juvenil (Movimiento de Unidad Democrática-Juvenil) —creado en 1945 con la importante presencia del Partido Comunista Portugués (PCP)— supuso la puesta en marcha de un original organismo de masas pese a que fuera declarado ilegal con celeridad. Pero su mera existencia implicó el que muchos jóvenes, universitarios o no, tuvieran conocimiento y contacto con una actividad, la política, que era demonizada en el país. No menos importante fue la acción de la JUC (Juventud Universitaria Católica) —asociada al Centro Académico de la Democracia Cristiana, CADC, en Coimbra—; o en España, dentro de los movimientos especializados de Acción Católica, la JEC (Juventud de Estudiantes Católicos) con su lema movilizador «ver, juzgar, actuar» donde se forjaron cuadros estudiantiles cada vez más descontentos y alejados del diapasón ideológico de sus regímenes⁸.

⁷ Cf. GARRIDO, Álvaro, *Movimento Estudantil e Crise do Estado Novo. Coimbra 1962*, Coimbra, Minerva, 1996.

⁸ Sobre la JEC, véase MONTERO, Feliciano (coord.), *Juventud Estudiante Católica (JEC), 1947-1997*, Madrid, JEC, 1998. Sobre la JUC portuguesa, véase GOMES, Adelino (2005), «A JUC, o jornal Encontro e os primeiros inquéritos à juventude universitária. Contributos para a

Al otro lado de la frontera, en los cincuenta en España se habían puesto en marcha proyectos como la ASU (Asociación Socialista Universitaria, 1956), la UDE (Unión Democrática de Estudiantes, 1957) o el FLP (Frente de Liberación Popular, 1958), aunque sus actuaciones públicas eran de baja intensidad. Ideológicamente representaban una horquilla muy amplia: desde socialcristianos, socialdemócratas y socialistas hasta liberales y revolucionarios «tercermundistas». Es ya significativo, de todos modos, que los jóvenes universitarios se autotitularan como NIU-NEU (Nueva Izquierda Universitaria, en Madrid y Nova Esquerria Universitaria, en Barcelona). Algo estaba cambiando en profundidad.

EL DERECHO DE «HACER POLÍTICA»

El proceso de disensión que recorre los años 50 terminó por fraguar entre los universitarios una actitud anti-régimen cada vez acusada. Si entre 1956 y 1965 se hizo hincapié en la defensa de la autonomía asociativa, a partir de entonces se intensificaron los contenidos de carácter político. Se mantiene, bien es cierto, el debate en torno a la defensa de la libertad de asociación y las críticas al autoritarismo de sus respectivos regímenes, pero se incrementó progresivamente, sobre todo en los sesenta, la cuestión del «derecho a hacer política» introduciendo prácticas más ofensivas por parte de los más aguerridos estudiantes⁹.

El PCP, a pesar de ser clandestino y sufrir pequeños zarpazos represivos en el campo estudiantil (el más duro el de 1965), mantuvo como su homónimo español, una actividad fundamental en la dinamización del ajedrez político en las universidades. Sus miembros en Portugal, por regla general, no ocuparon los puestos más elevados en las asociaciones académicas, sino que más bien su discurso sindical pretendía ganar terreno, o como poéticamente bautizó Santiago Carrillo, «ganar zonas de libertad». En los años sesenta, por el contrario, el asalto a las delegaciones estudiantiles y los máximos cargos de representación fue absoluto.

El inicio de los años sesenta, el impacto del conflicto chino-soviético, la acción de los movimientos de liberación en África y Asia así como la imagen de renovación proyectada por la experiencia cubana, provocó un fenómeno de multiplicación de organizaciones marxistas-leninistas o similares y que notaron su apogeo unos años después. Muchas de estas se gestaron en la universi-

história das modernas ciências sociais em Portugal», *Sociologia, Problemas e Práticas*, 49, págs. 95-115. En Portugal existía la Juventud Escolar Católica.

⁹ Cfr. CAIADO, Nuno, *Movimentos Estudantis em Portugal. 1945-1980*, Lisboa, IED, 1990, págs. 156-171.

dad y otras, creadas fuera, tuvieron presencia dentro. En España a estas causas generales se le sumaba el estímulo que suponía la evidente agonía del SEU. Así, a principios de 1961 hizo su presentación oficial la FUDE (Federación Universitaria Democrática Española), un sindicato estudiantil clandestino, que en Madrid contó con revista propia, *Argumentos*; y en 1963 apareció en la Universidad de Madrid el PCE (m-l), consecuencia de una escisión en la organización universitaria del PCE¹⁰.

En Portugal se vivieron situaciones análogas. Aparecieron por las universidades siglas que, aunque no eran específicamente estudiantiles, contaban con una base social importante en este territorio. De este modo, exiliados y dirigentes lisboetas de la «crisis del 62» dieron nacimiento al Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR), que mantuvo posiciones críticas con la que definían como vía pacifista del PCP. Mayor repercusión tuvo la fundación de la revista de ideas *El Tempo y el modo (O Tempo e o Modo)*, en la que coexistían socialistas y católicos descontentos y que daría un viraje editorial en los años setenta hacia el maoísmo. Similar suerte corrió la FUDE que se acabaría por convertir en esos mismos años en la plataforma universitaria del PCE (m-l). Fue en los años 64-65 cuando se presentó la primera expresión organizada del maoísmo luso, el Frente de Acción Popular/Comité Marxista-Leninista Portugués (FAP-CMLP). Rápidamente desmantelada por la policía, su estructura tenía ramificaciones y eco en los márgenes más politizados de la juventud universitaria.

Efectivamente, a partir del curso 1964-65 la situación comenzó a cambiar sustancialmente en la mayoría de las universidades ibéricas: aunque siguiesen existiendo claros niveles entre los distritos, a partir de esa fecha la tendencia fue claramente convergente y el panorama muy similar. Si bien cuando se piensa en los sucesos universitarios españoles del año 1965 el recuerdo condicionado rescata las imágenes de los profesores expedientados por su apoyo a los estudiantes (García Calvo, Tierno Galván, López Aranguren, Aguilar Navarro, Montero Díaz, García de Vercher), lo cierto es que justo en esos momentos existía ya una notable inquietud en la mayoría de las Brigadas Regionales de Investigación Social (Policía política franquista) donde existían centros universitarios. De ello quedó constancia en un documento interno, de carácter confidencial, elaborado con ocasión del encuentro policial a nivel nacional celebrado los días 7 y 8 de septiembre del mismo año, en el que se dibujaba un paisaje contestatario bastante exacto que incluía a profesores y estudiantes en sus actividades de oposición¹¹.

¹⁰ Incluso en universidades de provincia, como Sevilla, se estaba al tanto de la aparición de estas opciones que ya sonaban en el imaginario estudiantil antes de 1968. Cfr. ALARCÓN, Manuel Ramón, «Tipo de hoy: “el prochino”», *Peñafort*, febrero de 1967, pág. 24.

¹¹ En este caso se le puede dar fiabilidad al texto puesto que no existían razones para «inflar» la información, sino todo lo contrario, especialmente teniendo en cuenta que era la primera valoración de este tipo que se hacía: *Informe sobre las reuniones de funcionarios del*

POLITIZACIÓN ESTUDIANTIL EN LA SEGUNDA MITAD DE LOS SESENTA

Entre 1965 y 1968-69 se produjo el más importante cambio en el movimiento estudiantil por varias razones: porque cada vez dejaba de ser más grupal, por la influencia de corrientes internacionales, por la continuidad y extensión en la protesta cada vez con mayores referentes políticos y sociales explícitos, por el desarrollo de opciones radicales con creciente participación en las acciones, etc. Fue en aquellos momentos cuando el gobierno decidió responder con la intensificación de la violencia institucional, algo que apenas había realizado con anterioridad, dada la situación existente. Símbolo de aquella respuesta fue la creación de la Policía de Orden Universitario en enero del 68. No faltó tampoco en Portugal (1972) la policía de intervención destinada a los centros universitarios, cuyos agentes eran conocidos popularmente como los «gorilas»¹².

En la segunda mitad de los años sesenta el movimiento tiende a abandonar el discurso formal de la defensa de la autonomía estudiantil —evaluada negativamente por la represión a la vez que se exigían mejoras en las condiciones de la enseñanza y la democratización de las escuelas— para adoptar una postura más enérgica. Se asiste, de este modo, a la penetración creciente de una retórica abiertamente antidictatorial, preocupada por la «cuestión social» y decidida a acabar con la imagen proyectada del estudiantado como una corporación autocontemplativa y ensimismada. En Coimbra, actos asociados a la praxis académica más clásica —como los rituales de iniciación e integración, el uso de la «capa y sotana» (traje académico)— tienden a desaparecer, revelando la construcción efectiva de un nuevo tipo de estudiante, más interesado en abrirse al mundo exterior que en permanecer enclaustrado en las viejas tradiciones.

Otro ejemplo ilustrativo, aunque de diferente cuño, fue la participación de numerosos estudiantes en las acciones de auxilio de las víctimas provocadas por las graves inundaciones ocurridas en el sur de Portugal, los días 25 y 26 de noviembre de 1967. A raíz de la tragedia, el gobierno se refirió a la «cadena de solidaridad humana sin distinción de clases» y habló de la «victoria del hombre que la naturaleza había aplastado»¹³. Los estudiantes, por su parte, miraban hacia los servicios de socorro oficiales y revelaban, de acuerdo con los datos del Instituto de Meteorología, el extraordinario hecho de que la

Cuerpo General de Policía, afectos a los servicios de Información y de Investigación Social de plantillas correspondientes a Distritos Universitarios (...) sobre problemas estudiantiles ante el curso 1965-66, págs. II-X, 16-42 y 54-62.

¹² TEODORO, António, *A construção política da educação: Estado, mudança social e políticas educativas no Portugal Contemporâneo*, Porto, Afrontamento, 2001, págs. 292-296.

¹³ *Diário da Manhã*, 13060 (1967), pág. 1.

máxima pluviosidad se había registrado en Estoril, a pesar de que la mayor parte de las quinientas víctimas procedían de barrios de chabolas de Lisboa y de áreas pobres de Ribatejo¹⁴. Al finalizar la década, una parte considerable de la juventud portuguesa se encontraba irremediadamente alejada de las coordenadas ideológicas propias de la dictadura, al tiempo que se aproximaba a las prácticas y discursos subversivos emergentes que habían hecho su presentación pública en Berkeley en 1964 y 1965 y que tuvieron su momento simbólico estelar en el mayo francés.

En 1968 en España, el «mayo» se adelantó unos meses. Desde el comienzo del curso la universidad estaba inquieta; la celebración de las 4.^a-5.^a (Madrid, 1967) y 6.^a (Sevilla, 1968) RCP (Reuniones Coordinadoras Preparatorias) entre octubre y marzo, representaron a la perfección la fase por la que atravesaba el movimiento estudiantil. Las RCP eran reuniones a nivel nacional con vistas a la celebración del Congreso Nacional de Estudiantes (CNE) que debía certificar la constitución del Sindicato Democrático de Estudiantes (SDEU), tras la puesta en marcha del sindicato en las respectivas universidades (el primero, como es sabido, fue el de Barcelona, SDEUB, en la conocida *caputxinada*, en marzo del 66). Su estrategia se basaba en la participación, bien a través de la ocupación de los cargos de las APE (Asociaciones Profesionales de Estudiantes, 1965) y AE (Asociaciones de Estudiantes, 1966), en los diversos niveles de representación (curso, facultad, etc.), bien por medio de las delegaciones, como las recurrentes de Cultura o Información¹⁵. Todo ello animado por el PCE, que ya tenía resultados concretos desde el conflicto de 1956 de las posibilidades de la infiltración en las estructuras legales del SEU. Unos años más tarde se notaron los efectos en el mundo obrero con la activa participación de CC. OO. en el sindicato vertical oficial.

Antes del mayo francés del 68 algunos estudiantes españoles conocían las propuestas más sobresalientes que recorrieron el barrio latino, que a su vez eran un reflejo de lo que ocurría en el mundo: situacionistas, críticas al socialismo (imperialista) soviético y su burocratismo, relaciones sexuales, admiración por ciertos mitos políticos, culturales o sociales, consumían similar literatura; se podría decir que generacionalmente participaban de un mismo viaje con marcado carácter sensitivo. En definitiva, en España el «mayo» sirvió para dar estímulo e impulso a las fuerzas y sensibilidades que en febrero se

¹⁴ *Solidariedade Estudantil*, 2 (1967), págs. 1-3.

¹⁵ En abril de 1965 fallecía legalmente el SEU con la aparición de las APE, que introducían el componente profesional –léase, apolítico– para dar cauce a las peticiones sobre asociacionismo estudiantil. Un año más tarde, en julio del 66, se eliminaba la «P» y pasaban a ser simplemente AE. En septiembre del 68 aparecía el decreto de Asociaciones Estudiantiles con el que se regulaba la participación de los alumnos en la gestión de la universidad. Contaba, obvio es decirlo, con importantes mecanismos de control por parte de las autoridades.

habían manifestado claramente en el contexto de la VI RCP de Sevilla: la débil unidad del movimiento estudiantil se resquebrajaba a gran velocidad con la aparición de opciones a la izquierda del PCE. La inasistencia a dicho encuentro de los delegados de Valencia y Madrid fue significativa¹⁶. Además, se amplió el repertorio de movilizaciones con la importación de nuevos tipos de acciones procedentes de Italia, Francia y Alemania, influidas a su vez por lo ocurrido en los Estados Unidos desde 1964: ocupaciones de aulas, juicios críticos, sentadas, etc.

Después del verano comenzó a propalarse en la Universidad española la organización estudiantil del PCE (I) [Internacional], «marxista-leninista, pensamiento Mao Tse Tung», como se decía entonces, las Juventudes Universitarias Revolucionarias (JUR), que en 1973 cambiaron su nombre por el de JGR (Joven Guardia Roja)¹⁷. Sus tácticas fueron de confrontación y su retórica mucho más encendida, lo que unido a las de otras organizaciones que ya actuaban en la universidad y que competían por la misma base, originó una intensificación de la lucha. Atento el gobierno a lo que ocurría, tomó decisiones importantes, tanto públicas y notorias (aumento de la represión y los recursos policiales) como confidenciales (creación de un servicio de inteligencia, dependiente del ministerio de Educación, base orgánica del actual CNI; presencia de la policía secreta entre los estudiantes).

En este marco de efervescencia política y social, en enero de 1969, el gobierno español decretaba un nuevo Estado de Excepción, provocado directamente por los disturbios universitarios, que en esta ocasión habían incluido el derribo de un busto de Franco y la quema de una enseña nacional en el recto-

¹⁶ Un activo militante del sindicato democrático como Jaime Pastor, exiliado a Francia en 1969 e impulsor de opciones trotskistas (LCR), dejó por escrito sus reflexiones –a diez años vista– sobre aquel proceso: «El SDEU y la generación del 68», en BARRAGÁN RICO, Juan Antonio, *et al.*, *La crisis del movimiento juvenil en las sociedades capitalistas*, Madrid, Ediciones La Torre, 1979, págs. 81-98.

¹⁷ Sobre el 68 en España, además de las obras señaladas, pueden consultarse: PASTOR VERDÚ, Jaime, «El movimiento estudiantil bajo la dictadura franquista y el 68 español», en GARI, Manuel, PASTOR, Jaime y ROMERO, Miguel (eds.), *1968. El mundo pudo cambiar de base*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2008, págs. 283-298. CARRILLO-LINARES, Alberto, *Subversivos y malditos en la Universidad de Sevilla (1965-1977)*, Sevilla, CEA, 2008, págs. 106-190. RODRÍGUEZ TEJADA, Sergio, *Zonas de libertad. Dictadura franquista y movimiento estudiantil en la Universidad de Valencia (1939-1975)*, Valencia, PUV, 2009, págs. 121-174. En forma de recuerdos: GURRIARÁN, Ricardo (coord.), *1968 en Compostela. Testimonios*, Santiago de Compostela, Universidad, 2010 y del mismo autor *Inmunda Escoria. A Universidade franquista e as mobilizacións estudiantís en Compostela, 1939-1968*, Vigo, Xerais, 2010, págs. 298-431. Sobre la VI RCP, CARRILLO-LINARES, Alberto, «*Sesentayochistas* domésticos: La VI Reunión Coordinadora y Preparatoria del Congreso Nacional de Estudiantes (Sevilla, 27 de febrero-2 de marzo de 1968)», en *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía*, Córdoba, Cajasur, 2003, t. IV (Andalucía Contemporánea), págs. 335-351.

rado de la Universidad de Barcelona¹⁸. El hecho que precipitó la oleada de protestas fue la muerte de Enrique Ruano Casanova, estudiante de la Universidad de Madrid y militante del FLP, que cayó en extrañas circunstancias por una ventana durante el registro domiciliario. Los acontecimientos en el país gallo deslumbraron de tal modo a los jerifaltes del régimen que vislumbraron la posibilidad de que algo similar pudiera ocurrir en España. La justificación del ministro de Información, Manuel Fraga, resultaba elocuente del significado global que daba a los sucesos estudiantiles:

«Quiero subrayar lo de acciones minoritarias, porque, gracias a Dios, la salud social y política del país es excelente. Pero, repito, se trata de acciones claramente concertadas para meter al país en una ola de confusión y de subversión mundial que en sus propias noticias está perfectamente clara todos los días; una estrategia en la que se utiliza la generosidad ingenua de la juventud para llevarla a una orgía de nihilismo, de anarquismo y de desobediencia que ha sido denunciada, por lo demás, en estos días por todos los hombres de Estado y por todas las grandes tribunas del mundo. Dentro de ella, unos cuantos malvados y ambiciosos han querido capitalizar en su beneficio esta situación»¹⁹.

El gobierno no desaprovechó la ocasión «excepcional» para proceder a la represión directa sobre el movimiento obrero o de cualquier persona que se hubiese destacado más o menos en la lucha contra la dictadura. *De facto* fue una nueva excepción particular sobre un estado de excepción general. Por aquellas fechas la fase de la lucha en el marco de las elecciones sindicales había sido muy superada, aunque años después volvería a constituir una animada vía de intervención, especialmente tras el decreto de participación estudiantil impulsado por el ministro Cruz Martínez Esteruelas (1974).

Mientras en España la tensión política aumentó al concluir la década, en Portugal se exploraban nuevas vías para hacerse con la situación, un paréntesis experimental que no reportó los frutos esperados; un ensayo al que, como veremos, no fue ajeno tampoco el franquismo con su Ley General de Educación (1970). Realmente, si bien a partir de 1970 sobrevino un nuevo periodo de endurecimiento político, durante cerca de dos años el régimen desplegó

¹⁸ De los cuatro estados de excepción nacionales habidos durante el franquismo, dos los fueron por la movilización estudiantil (56 y 69); otro como consecuencia de la crisis asturiana y sus efectos (62) y uno más en el contexto del Proceso de Burgos (70) contra varios etarras.

¹⁹ *ABC* (Madrid), 25-1-1969, pág. 17. Sobre el impacto que causó el «mayo francés» en el gobierno pueden consultarse las memorias del que fuera el responsable de la creación del nuevo servicio de información: SAN MARTÍN, José Ignacio, *Servicio Especial. A las órdenes de Carrero Blanco (de Castellana a El Aaiún)*, Barcelona, Planeta, 1983, pág. 21. Con el estado de excepción se suspendieron los artículos del Fuero de los Españoles que supuestamente garantizaban la libertad de residencia, expresión, reunión, asociación y a las detenciones y registros.

algunas medidas con la intención de «llevar a cabo la liberalización, sin renunciar a la guerra»²⁰. Una buena parte de estas eran de carácter meramente cosmético, como el cambio de nombre de la policía política o del partido oficial, aunque también diseñó gestos más efectivos, como el regreso del exilio del socialista Mário Soares o del obispo de Oporto, António Ferreira Gomes, la aprobación de una nueva legislación sindical con la que dejaba de ser necesario la aprobación ministerial de las direcciones electas, o la apertura de la Acción Nacional Popular a nuevas corrientes, cuyo mejor reflejo fue la integración en sus listas, de cara a las elecciones de 1969, de un sector conocido como el «ala liberal».

Este contexto de ligera descompresión política hizo posible que en Coimbra una Comisión Pro Elecciones (CPE) consiguiera la restauración de los actos electorales para la Dirección General de la Asociación Académica de Coimbra (DG/AAC), suspendidos desde que en 1965 el gobierno entregara su gestión a comisiones administrativas designadas a voluntad. Las elecciones se celebraron en febrero de 1969, tras un animado proceso, y dieron un sonado triunfo a las listas de izquierda, lo que abrió el camino a la contundente confrontación entre estudiantes y autoridades.

El detonante del estallido fue la inauguración de un edificio del departamento de Matemáticas, el 17 de abril, donde centenares de estudiantes concentrados a la entrada exigían poder tomar la palabra, expresamente solicitada en el interior de la sala por el presidente del DG/AAC, Alberto Martins. No consiguió que se oyera su voz y los concentrados abuchearon a la salida al presidente de la República, Américo Tomás, llevando a cabo los escolares su inauguración paralela, una vez que se hubieron marchado las autoridades. En los días siguientes se produjeron varias detenciones de dirigentes estudiantiles lo que provocó una espectacular respuesta en forma de movimiento de solidaridad que alcanzaría su punto álgido con la huelga de exámenes, en la que participó la mayoría del estudiantado. Este momento permitía la integración de la dimensión pedagógica en el *corpus* reivindicativo. Los exámenes, como corolario de un tipo de enseñanza que fomenta la competencia y no la colaboración, fueron sustituidos por cursos, seminarios y reuniones de estudio, en los que se debatía sobre autores y temas proscritos en la enseñanza universitaria reglada y oficial.

De este modo, durante la «crisis del 69» —nombre con el que se bautizaría el conflicto— se combinaron formas reivindicativas acordes con el espíritu de los tiempos, con el aprovechamiento, en sentido progresista, de un cierto *ethos* estudiantil propio de Coimbra. Por un lado, los dirigentes del 69 se servirán de rituales identificados con la práctica tradicional, donde la suspensión

²⁰ ROSAS, Fernando, *O Estado Novo (1926-1974)*, Lisboa, Círculo de Leitores y Editorial Estampa, 1994, pág. 486.

de la fiesta anual de la *Quema de Cintas* y la proclamación del «duelo académico» no son más que dos ejemplos. Por otro lado, la *Operación Flor* (reparto de flores entre la población) y la *Operación Globo* (suelta de globos en un punto central de la ciudad), la adopción de tácticas de lucha, inspiradas en los movimientos guerrilleros urbanos, contra las autoridades, o la elaboración de comics humorísticos, son también reflejos de las nuevas formas de contestación, donde elementos políticos, culturales y generacionales se daban la mano. Si, en 1969, la democratización de la enseñanza, la contestación pedagógica y la crítica a la dictadura fueron los componentes fundamentales de la lucha, en los años venideros se solaparon otros motivos que ayudaron a transformar la faz del activismo estudiantil. En este sentido, también los estudiantes españoles recurrían a muy parecidas tácticas de contestación (carteles murales, revistas orales, humor gráfico, huelgas de exámenes, lanzamiento de botes de pintura roja, etc.). Desde 1968 se podía contemplar con asiduidad el empleo recurrente de las manifestaciones de acción múltiple, que tanto efecto tuvieron en las grandes urbes universitarias.

RADICALISMO, REPRESIÓN Y FRAGMENTACIÓN

A partir de 1968 y hasta 1972 se vivieron las consecuencias de la imposibilidad de un movimiento unitario entre los escolares, lo que provocó una fortísima atomización orgánica y el desarrollo de opciones de extrema izquierda, con algunas salidas menores hacia la violencia terrorista. Paralelamente se reactivaron grupos de extrema derecha que actuaban con impunidad, algunos de ellos vinculados a organismos estatales, como ocurrió en Portugal con la financiación a través del Centro de Documentación Internacional (CDI), dependiente del ministerio de Educación Nacional y otras veces impulsados desde ámbitos policiales²¹.

Las circunstancias y condicionantes particulares de cada país introdujeron variaciones locales que reflejaban a nivel doméstico una corriente común. Portugal contaba además, como hemos subrayado, con un hecho diferencial básico, la cuestión colonial. La afirmación de un discurso anticolonial y anti-

²¹ Fundado en 1966, el CDI tuvo inicialmente funciones limitadas como vaciados de prensa o confección de memorandos. Funcionó también como fuente de financiación de organizaciones de extrema derecha que actuaban en las universidades de Lisboa, Oporto y Coimbra. A partir de 1968 se dedicó a elaborar dossiers secretos sobre actividades estudiantiles «subversivas» y ficheros propios de todos los alumnos de enseñanza superior. Fue también en el ámbito del CDI donde se formaron los «gorilas», fuerza de seguridad que actuó en los centros de enseñanza desde 1972. TEODORO, António, *A construção política da educação: Estado, mudança social e políticas educativas no Portugal Contemporâneo*, Porto, Afrontamento, 2001, págs. 278-309.

imperialista fue el resultado en gran medida de la aparición de una constelación de pequeños grupos de extrema izquierda, algunos anteriores al 68, pero sobre todo aparecidos con posterioridad. Con ellos se desplegó toda una batería de prácticas y exposiciones doctrinales fuertemente influidas por un ambiente contestatario internacional al que ni la juventud más inquieta española ni portuguesa fueron extrañas.

En primer lugar la extrema izquierda surgió y se presentó como una bandera privilegiada de la lucha contra lo que consideraba injusto (guerras, diferencias sociales, etc.) promoviendo revoluciones proletarias, que en Portugal contó un sensible canal como fue la guerra colonial. En segundo lugar, proponían nuevos referentes éticos y estéticos; y en política el influjo procedía de situaciones de hecho como de la revolución cultural china, la revolución cubana o las más variadas formas de independentismo armado. La mayoría nacieron y se desarrollaron por oposición al modelo del comunismo soviético y sobresalieron, de este modo, iconos políticos alternativos, como Ho-Chi-Minh, Mao Tsé Tung o el *Che* Guevara, marcados por un «voluntarismo fundamentalmente anti-realista»²². En tercer lugar, y como consecuencia lógica, aquella extrema izquierda introdujo un estilo diferente de confrontación con el poder que pasaba por la promoción de manifestaciones temerarias, distribución de panfletos a plena luz del día, apedreamiento de entidades bancarias, choques frontales con la policía; en definitiva nuevas y más arriesgadas formas de mostrar la oposición. Algunos comandos estudiantiles españoles que recurrieron a los cócteles molotov no pasaron del destrozo de mobiliario urbano (autobuses, bancos, universidad)²³. Sin embargo, en Portugal no fue frecuente el uso de estos medios incendiarios.

Como decíamos, la guerra colonial fue un tema clave en la oposición a la dictadura salazarista-caetanista, aunque no era una cuestión nueva a la altura de finales de los sesenta. El ambiente de contestación mundial, si acaso, dio alas y nuevo ímpetu al movimiento de protesta civil y militar. Lo cierto es que la cuestión colonial fue ganando protagonismo entre los estudiantes. Iniciadas en febrero de 1961 en Angola y extendidas progresivamente a otros territorios

²² FRANK, Robert, «Imaginaire politique et figures symboliques internationales: Castro, Hô, Mao et le Che», en GENEVIÈVE, Dreyfus-Armand *et al.* (dir.), *Les Années 68. Le Temps de la Contestation*. París, Complexe, 2000, pág. 36.

²³ Desde el mismo 1968 –alguna incluso anterior– en España se produjeron acciones incendiarias. En Madrid en los primeros meses de este año el grupo «Ácrata» puso en práctica esta nueva estrategia, en la que el fuego parecía tener casi un sentido purificador. Sobre las acciones atribuidas por la policía a Acracia antes del mayo francés, cf. DGS, *Boletín Informativo*, 23, 24-IV-68, págs. 1-7. También en España hubo intentos por quemar la universidad llamada «burguesa», propuesta que se popularizó en los flancos más a la izquierda. En 1971 Herbert Marcuse tuvo que alertar a los más radicales de la necesidad de no cortar la rama sobre la que uno se apoya.

(Guinea, en enero de 1963 y Mozambique, en agosto de 1964), la guerra que tuvo que librar el gobierno portugués contra los movimientos independentistas africanos fue difundiendo un sentimiento de repulsa entre los jóvenes universitarios. Sin embargo, hasta casi al final de la década de los sesenta, la contestación explícita permaneció circunscrita a varios núcleos con vínculos con las colonias, como la Casa de los Estudiantes del Imperio, en Lisboa, Las Repúblicas de Coimbra de Kimbo de Sobas y Mil-Y-Onários, o algunos grupos más combativos políticamente en la esfera de la extrema izquierda²⁴. Las manifestaciones habidas en febrero de 1968 en Lisboa contra la guerra de Vietnam frente a la embajada americana —tratando de estimular igual respuesta ante el colonialismo portugués— demostraban la existencia de una creciente sensibilidad anticolonial en los sectores juveniles.

De todos modos, aunque este proceso se encontraba más desarrollado en Lisboa que en Coimbra, durante la «Crisis del 69», las protestas por la guerra estuvieron fuera del catálogo reivindicativo de los estudiantes, como reconocen Celso Cruzeiro y João Cabral Fernandes. El primero, destacado dirigente en 69, reconocía que el problema «nunca fue debidamente tratado y correctamente evaluado por el movimiento de Coimbra»; el segundo, perteneciente al minoritario sector trotskista, recuerda que «en 1969 se ponía en tela de juicio la estructura y la falta de democracia en la Universidad», pero «hablar del rechazo a la guerra colonial, sería pura fantasía»²⁵.

Es preciso tener en cuenta que el tema de la guerra rara vez era tratado en los diversos ámbitos de forma franca y crítica. Un manto de silencio cubría a «una opinión pública desinformada y controlada, distante de los problemas africanos y educada en una intensa mística imperial»²⁶. Proporcionalmente el esfuerzo militar portugués en África era superior al efectuado por cualquier otra potencia colonial, destinando en torno al 40%-50% del total del presupuesto²⁷. Según Dawn Linda Raby, «el peso de la guerra en términos de porcentaje de hombres movilizados y de víctimas, respecto a la población del

²⁴ Tradicionalmente casas comunitarias, donde los estudiantes solían vivir en un ambiente de autogestión. Su órgano asambleario —el Consejo de las Repúblicas— fue clave en la dinamización de las listas de izquierda para el DG/AAC que triunfaron desde 1960/61. Esta función trascendental en los movimientos clandestinos lo jugaron también en España, de modo nada institucional, los pisos de estudiantes, especie de cuarteles generales del movimiento, burbujas vitales y de libertad donde refugiarse ante la asfixia dictatorial. Son una parte esencial de los llamados «contextos de micromovilización». Eran, si se quiere, verdaderos «pisos franco».

²⁵ CRUZEIRO, Celso, *Coimbra 1969: a crise académica o debate de ideias e a prática ontem e hoje*, Porto, Afrontamento, 1989, págs. 114-115; y FERNANDES, João Cabral, «O fundamental para qualquer acção política é o programa», entrevista ao jornal *Combate*, 276 (2003).

²⁶ RIBEIRO, Margarida Calafate, *Uma História de Regressos. Império, Guerra Colonial e Pós-Colonialismo*, Porto, Afrontamento, 2004, pág. 174.

²⁷ BARRETO, António, *A Situação Social em Portugal, 1960-1999*, Lisboa, Imprensa de Ciências Sociais, 2000, pág. 40.

país, era superior al peso de la guerra de Vietnam de los EE.UU.»²⁸. Se calcula que entre 1961 y 1974 se produjeron unas 100.000 deserciones y actos refractarios de jóvenes; al finalizar la década de los sesenta, con la generalización de los conflictos estudiantiles, la presencia impactante y continua de la guerra de Vietnam en los medios de comunicación y el importante flujo migratorio, alteraron la imagen que se tenía de un conflicto que amenazaba con eternizarse. En un contexto de impopularidad doméstica e internacional de la guerra colonial, con un número creciente de desertores y refractarios (huidas antes de la incorporación) —entre el 70 y el 72 se situó por encima del 20%—, el gobierno pasó a utilizar la guerra como arma de campo y así, además del rendimiento escolar también las desviaciones del «buen comportamiento» podían suponer la incorporación a filas. La estrategia le saldría cara al régimen debido a que los cuarteles y los frentes de batalla se fueron llenando de soldados y oficiales muy politizados, cansados de una campaña interminable, que poco a poco ampliaban el estado de opinión.

Franco en España, sin guerra colonial, también recurrió con frecuencia a este tipo de medidas (certificados de buena conducta, destinos militares al Sáhara, retirada de prórrogas por razones de estudios, etc.). Pero con un imperio que solo pervivía en el recuerdo de los más nostálgicos, el asunto colonial tuvo que adoptar necesariamente otras formas. Tomó dos direcciones políticas: las luchas antiimperialistas de solidaridad internacional, muy propias, entre otros, de los marxistas-leninistas; y el nacionalismo vasco de izquierda, que interpreta(ba) la presencia del Estado español en el territorio de Euzkadi como un hecho de naturaleza colonial. Respeto a la primera dimensión, los actos más habituales, participando de un fenómeno de escala mundial, tuvieron que ver con el rechazo a la guerra de Vietnam y la política exterior estadounidense. Vietnam fue uno de los más importantes aglutinadores de la juventud de los sesenta, dando cuerpo escénico además al movimiento pacifista. Los actos simbólicos y formativos se dieron con frecuencia desde el curso 65-66, primero en los distritos más avanzados políticamente (Barcelona) para extenderse con posterioridad. En febrero de 1966 ya se celebraron actos públicos, como una mesa redonda sobre Vietnam, en la Universidad catalana donde las publicaciones estudiantiles recogían noticias relacionadas con el tema. Y un año más tarde, en marzo del 67, se constituía en Madrid el Comité Nacional Coordinador Pro Vietnam cuyas actuaciones propagandísticas se completaron con las inevitables manifestaciones públicas que entre el 67 y el 69 se generalizaron en el resto de España (Salamanca, Valladolid, Sevilla, Santiago, etc.)²⁹. Por lo que se refiere a la segunda variable, dio cuerpo a rei-

²⁸ RABY, Dawn Linda, *A resistência antifascista em Portugal*, Lisboa, Salamandra, 1990, pág. 269.

²⁹ En Sevilla, por ejemplo, se secundó el llamamiento mundial contra la guerra de Viet-

vindicaciones de corte nacionalista e independentista asociadas al nuevo espíritu y acción desplegada por ETA, cuyo reflejo se percibió en la universidad, principalmente en el ámbito vasco, aunque tampoco fue un hecho exclusivo y así en Zaragoza surgió una nueva organización estudiantil, el Colectivo Hoz y Martillo, rabiosamente izquierdista, que estableció contactos directos con ETA. En una muestra de apoyo incontestable a dicha organización independentista, varios miembros del colectivo llegaron a realizar en 1972 un atentado (incendio) en el consulado francés que le costó la vida al diplomático responsable³⁰.

Otras organizaciones completaban el efecto del nacionalismo sobre la Universidad como el Bloc d'Estudiantes Nacionalistas (BEN) —vinculados al Front Nacional de Cataluña—, los sindicatos estudiantiles vasco Euzko Ikasle Alkartasuna (EIA) —integrado en Solidaridad Universitaria y detenido en 1950— y Euskal Ikasleen Batasuna (EIBA), la Federación Nacional de Estudiantes de Cataluña (FNEC). Además un sector del carlismo revitalizó desde 1969 su doctrina en la línea socialista y autogestionaria, dando lugar a los Grupos de Acción Carlista (GAC), con presencia no solo en la universidad vasco-navarra sino también lejos de ese territorio (Valencia, Barcelona, Valladolid, Sevilla, etc.). Por otro lado, y enfrentados a estos, estaban los militantes de la Agrupación de Estudiantes Tradicionalistas (AET).

Tampoco Portugal se escapó a la proliferación en estos años de las organizaciones izquierdistas. A partir de 1970 emergió una segunda ola maoísta, con fuerte presencia en los medios estudiantiles. En Lisboa y Oporto, actuaba la UEC (m-l), bajo el paraguas del PCP (m-l), y que se movía en el marco de la corriente «Por una Enseñanza Popular»; en Coimbra y en Oporto aparecieron los Núcleos Sindicales, ligados a *El grito del Pueblo*; en Lisboa el Movimiento Reorganizativo del Partido del Proletariado (MRPP) tenía sus seguidores, desde que se fundara en septiembre de 1970, y cuya militancia anticolonial previa se templaba con fuertes dosis de voluntarismo y con un lenguaje triunfalista, típico del empleado en China durante los años intensos de la revolución cultural. Algunos grupos tuvieron sus plazas fuertes en varios centros, como los Comités Comunistas Revolucionarios Marxistas Leninistas (CCR (m-l), en el Instituto Superior Técnico, o el MRPP, dominadores en la Facultad de Derecho de la Universidad de Lisboa. Por su lado, los trotskistas aparecieron en este escenario desde principios de los setenta en Lisboa, Oporto y Coimbra. También se podría referir la aparición de una corriente socialista radical «inorgánica», que se terminó por fusionar en 1974 con el Movimiento de Izquierda Socialista (MES).

nam el 15 de noviembre de 1969, con una concentración silenciosa en el centro de la ciudad y marcha hasta el consulado de EE. UU. donde se lanzaron algunas piedras.

³⁰ De menor virulencia fueron los actos y actividades de orientación nacionalista en Cataluña, Galicia o Valencia, habitualmente más interesados en la dimensión cultural del hecho.

La puesta en escena de propuestas a la izquierda del Partido Comunista de España (PCE) significó inmediatamente, como un ritual demostrativo de las diferencias de quien se separaban, el uso de unas tácticas de acción mucho más virulentas y frontales. Y esto no respondía, ni mucho menos, a una adscripción política; era más bien la manifestación del que quería ser un espíritu indomable. Muchos de los que participaron en los choques estudiantiles en las universidades españolas en los meses posteriores a mayo de 1968 y los primeros meses del curso siguiente, no militaban aún en organizaciones de extrema izquierda. Su estado de inquietud íntimo, favorecido por unos climas culturales y redes personales, les llevó a las organizaciones, y no a la inversa. Consideraban la actitud del PCE como pusilánime y asumían unos niveles de riesgo individuales muy superiores. Nada diferente a lo que en aquellos mismos años ocurría en Portugal. A pesar de la exigüidad de muchas de estas organizaciones, todas ellas se dedicaban a un intenso trabajo de agitación que tenía en los espacios y medios estudiantiles una base de apoyo y reclutamiento incomparable. La existencia de unas estructuras informales surgidas para la lucha anticolonial y para la agitación de calle, acogieron cada vez a un mayor número de estudiantes. Al tiempo, el nuevo discurso izquierdista negaba los métodos y la función de la escuela capitalista y, con particular virulencia, las organizaciones tradicionales. Así, el PCP, habitualmente tachado durante la década anterior como «aventurista», por pretender enfrentarse a las autoridades, era ahora calificado de «reformista», por procurar centrar las reivindicaciones en las Universidades en vez de cuestionar los fundamentos de la sociedad capitalista. Los casos de proletarianización que se dieron tanto en Portugal como en España son elocuentes de la nueva sensibilidad que llevaba a los universitarios a dejar sus estudios para conocer de primera mano las relaciones capitalistas de producción³¹.

En un intento por recuperar su influencia, en enero de 1972 el PCP puso en funcionamiento la Unión de Estudiantes Comunistas (UEC), destinada a «estrechar las relaciones» entre el partido y el sector estudiantil³². Esencialmente su táctica se dirigía hacia la explotación de objetivos que pudieran alcanzar un consenso amplio y que, gracias al apoyo de base, los conflictos pudieran alargarse en el tiempo. Así, «Unidad» y «Reforma General y Democrática

³¹ Sobre estas vanguardias, para el caso español, cfr. PORTUONDO, Ernesto, «Forja de rebeldes. Una aproximación a los orígenes de las vanguardias militantes del radicalismo de izquierdas en la segunda mitad de los sesenta: el movimiento estudiantil (1964-1970)», en ROCA, José Manuel (ed.), *El proyecto radical. Auge y declive de la izquierda revolucionaria en España (1964-1992)*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 1994, págs. 91-122. Para el caso portugués, cfr. CARDINA, Miguel, *A Esquerda Radical*, Coimbra, Angelus Novus, 2010.

³² União dos Estudantes Comunistas, «Declaração», Janeiro de 1972. Centro Documentación 25 de abril (Coimbra, Universidad).

de la Enseñanza» se convirtieron en los principales ejes estratégicos, lo que significó en la práctica que los estudiantes de la UEC tuvieran que asumir la siempre delicada función de atemperar los ánimos que amenazaban con socavar la legalidad de las asociaciones. A pesar de la coincidencia general en el polifacético universo de la oposición política, entre el PCP y las variadas corrientes a su izquierda existían demasiadas diferencias. La actitud en relación con la guerra colonial fue motivo permanente de desencuentro: la generalidad de la extrema izquierda proponía la desertión mientras que el PCP alentaba a sus militantes que se integraran en los frentes africanos de combate.

El nuevo cuadro dibujado, combinado con la dura represión que se abatía por entonces sobre las asociaciones, produjo alteraciones en los modos de actuación³³. El movimiento asociativo, basado en estructuras más o menos fijas y asistido por principios de autonomía y libertad, perdió terreno frente a modos de contestación más fragmentarios, voluntaristas y radicalizados. Sin el corsé de la representación y los cauces oficiales, las reuniones, debates y grupos de estudio pasaron a emplear una nueva metodología de acción, fenómeno simultáneo a la politización de los grupos culturales de ámbito académico, poniendo de manifiesto que estos estudiantes renuncian a ser una élite desligada de la sociedad. El boicot a la tradicional fiesta, asociada a la derecha académica, de la *Queima de las cintas* en Oporto, en 1971, y en Coimbra, en 1972, y la lucha contra el Festival de Coros, organizado en ambas ciudades por el Orfeón, certificaron este cambio simbólico³⁴.

En la fase final del salazarismo-caetanismo, la vanguardia estudiantil reniega de cualquier actitud dialogante con el poder, posición que se tornó irreversible tras el asesinato a manos de la Policía Internacional de Defensa del Estado/Dirección General de Seguridad (PIDE/DGS) del estudiante de Derecho y militante del MRPP, José Antonio Ribeiro dos Santos, el 12 de octubre de 1972³⁵. El crimen convirtió en utópica cualquier idea de normalización de

³³ A principios del año lectivo del 72/73 casi todas las asociaciones estudiantiles (AE) se encontraban cerradas o por legalizar. En Oporto la AE de Medicina no estaba abierta y las Comisiones Pro Asociaciones de Económicas, Ingeniería, Letras, Liceos e Industriales, esperaban su reconocimiento oficial; en Lisboa la AE de Derecho, Industriales y Ciencias seguían clausuradas, mientras que las Comisiones Pro Asociaciones de Medicina y Farmacia estaban pendientes de legalización y las del Letras y Comercio cerradas. En Coimbra, el DG/AAC estaba clausurado desde febrero de 1971. Cfr. Comissão Associativa, s.t., 16-11-72. Centro Documentación 25 de abril (Coimbra, Universidad).

³⁴ Cf. CARDINA, Miguel, *A Tradição da Contestação. Resistência Estudantil em Coimbra no Marcelismo*, Coimbra, Angelus Novus, 2008; CORDEIRO, José Manuel Lopes, «“Ao serviço do povo venceremos”. A oposição estudantil nos últimos anos do fascismo (1969-1974)», *Boletim Cultural de Vila Nova de Famalicão*, III série, 5 (2009), págs. 119-158.

³⁵ Este mismo día tuvo lugar un mitin contra la represión en el Instituto Superior de Ciencias Económicas y Financieras (ISCEF). Poco antes del inicio los estudiantes hicieron frente a un agente de la policía política que se encontraba en el recinto. Avisada la PIDE para

la vida universitaria creciendo la combatividad también en los institutos hasta la caída del régimen³⁶. Todo ello fue relatado con inquietud a Marcelo Caetano por Joaquim Veríssimo Serrão, rector de la Universidad de Lisboa. En carta del 27 de julio de 1973, le explicaba que «la agitación universitaria, en otro tiempo propia de los licenciados, ahora es frecuente en los estudiantes de primer año y en los de secundaria, donde no se sabe o no se quiere imponer la autoridad»³⁷. Tampoco España escapaba a este fenómeno y las principales fuerzas políticas desplegaron una intensa actividad en los institutos creando sus propias filiales (Joven Guardia Roja, del PCE (I); ODEA, de la Organización de Marxistas Leninistas de España (OMLE); la Unión Democrática de Estudiantes de Enseñanza Media (UDEEM), del PCE, etc.) acabaron siendo una importante cantera de militantes universitarios.

A pesar de ello, buena parte de la agitación se encontraba en los años 70-74 filtrada por una serie de organizaciones que destinaban sus esfuerzos tanto a combatir el régimen como a atacar a otros grupos de izquierda presentes en los centros. El encendido discurso de aquellos grupos era incapaz de generar una agitación de masas sin producir la inmediata fractura en la débil unidad estudiantil, doblemente en peligro por la feroz represión que se cernió sobre ella. La estrategia unitaria de la UEC, que pasaba por la creación de una nueva estructura coordinadora, en este caso a nivel nacional. La Unión Nacional de Estudiantes Portugueses (UNEP) fue abandonada demostrando la dificultad que esta línea de acción tenía para imponerse. En España la historia de las Reuniones Nacionales Coordinadoras (RNC) (65-67), de las Reuniones Coordinadoras y Preparatorias (RCP) (67-68), de las Reunión General de Estudiantes-Reuniones Generales de Universidad (RGE-RGU) (70-76), etc.) dejaba en evidencia que los problemas eran exactamente los mismos en ambos países.

No hay duda que los estudiantes portugueses y españoles se encontraban entre los grupos sociales más activos en la lucha contra sus dictaduras, una circunstancia facilitada por la disponibilidad biográfica, la concentración natural, el ímpetu juvenil, formación teórica, etc. Consecuencia de ello fue que en Portugal, en 1973, los estudiantes suponían un tercio de los presos políticos detenidos por la PIDE³⁸. Y los datos estadísticos de los procesados por el

que lo identificara, esta niega conocerlo y exige llevarlo; en la escaramuza entre los estudiantes y dos policías, estos efectúan varios disparos que alcanzan a José Lamego y José António Ribeiro dos Santos, falleciendo el segundo ya en el hospital.

³⁶ COSTA, Jorge. «O ano da morte de Ribeiro Santos», *História*, III Série, 49 (2002), págs. 24-31.

³⁷ Citado en ANTUNES, José Freire (pref. y org.), *Cartas Particulares a Marcelo Caetano*, vol. II, Lisboa, D. Quixote, 1985, pág. 400.

³⁸ Cf. ACCORNERO, Guya, *Efervescência Estudantil. Estudantes, acção contenciosa e processo político no final do Estado Novo (1956-1974)*, Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales (Sociología Histórica), leída en el Instituto de Ciencias Sociales de Lisboa, 2009, pág. 293.

Tribunal de Orden Público español (TOP) son elocuentes: el 67% era menor de 31 años y el 77% no había pasado de los 35; y si atendemos a la ocupación, sobre el total, el 22% eran estudiantes³⁹.

REACCIONES ESTUDIANTILES Y MODERNIZACIÓN EDUCATIVA

Las movilizaciones estudiantiles en Portugal podrían clasificarse, siguiendo a Rui Bebião, en base a tres lógicas de actuación. La primera se refiere a la crítica de determinadas orientaciones o actitudes de las autoridades académicas y remite al espacio intra-institucional. La segunda alude a la tentativa de suscitar alteraciones en la política gubernamental en materia de educación y, en cierta medida, plantea la intervención protagonista del estudiantado en el ámbito nacional. La tercera corresponde a la planificación o el deseo de iniciativas más amplias, pretendiendo intervenir en la sociedad o en la misma definición del régimen⁴⁰. Esta tercera tendencia, que se consolidó a lo largo de los años sesenta, asumió clara hegemonía durante el periodo de 1969/70 a 1974, proyectándose en el tiempo al calor revolucionario de 1974/76. Reflejaba la lectura politizada que se hacía de las nuevas intenciones gubernamentales para la educación planteada en términos anticolonialistas y anticapitalistas.

Cuando en enero de 1970 tomara posesión el nuevo ministro de Educación, José Veiga Simão, se presentó como el adalid de la «democratización de la educación» y para ello estableció el marco mínimo del debate. Percibía que en la universidad se estaba dando una contradicción ya que, si por un lado, se constataba la restricción de los mecanismos de acceso a la enseñanza superior, por otro la población universitaria había aumentado en casi un 100% durante la década de los sesenta, en buena parte por la expectativa de ascenso social de la incipiente clase media. Fue en este contexto de expansión del sistema educativo donde se presentó la reforma, proponiendo un diálogo público con los agentes implicados antes de su puesta en marcha, recurriendo a expresiones —como «democratización de la enseñanza» y «autonomía, cogestión y participación»— que parecían a primera vista extraídos del programa de cualquier grupo estudiantil. Al tiempo, Veiga Simão subrayaba la necesidad de una reforma «despolitizada y pacífica», pretendiendo alejar las tentaciones de los discursos con carga ideológica.

³⁹ Y el 49% eran obreros. Son datos porcentuales que para valorarlos en su justo término hay que tener en cuenta que, en 1976, la población trabajadora sumaba más de 12 millones mientras que la universitaria apenas alcanzaba el medio millón.

⁴⁰ BEBIÃO, Rui, «Cidade e Memória na Intervenção Estudantil em Coimbra», *Revista Crítica de Ciências Sociais*, 66 (2003), págs. 151-163.

Según Stephen Stoer, la reforma del ministro de Educación Nacional portugués puede interpretarse de dos modos: o bien esencialmente preocupada por estimular la modernización económica del país, encuadrada en un proyecto de desarrollo nacional y progreso social, o entender que fue una mera reorganización de recursos, lejos de la intención de resolver la crisis política y social, con el fin de satisfacer a las élites económicas⁴¹. En esta línea se expresó el *Comércio do Funchal* —un periódico de oposición muy consumido por la juventud más politizada— cuando afirmó en un editorial que «sólo por la falta evidente de luz se podrá confundir la política reformista iniciada por el nuevo ministro con cualquier Caballo de Troya instalado dentro del sistema vigente»⁴². Esta fue la lectura mayoritaria en el seno del movimiento estudiantil. Sintetizaba Santos Simões en un texto de análisis publicado en 1971 que «la inmensa mayoría de los estudiantes universitarios tomó conciencia de que no solo que la Escuela es obsoleta y caduca sino también que no era posible realizar la reforma sin afrontar profundos cambios en las condiciones políticas, sociales y económicas del país»⁴³.

Pese a que la sempiterna guerra colonial hubiese podido influir algo en la actitud de rechazo a la reforma educativa, Veiga Simão reducía en exceso las causas⁴⁴. Más allá de esta limitación, sin duda fundamental, no es posible esconder la existencia de un combate de otro tipo, basado en la deconstrucción del carácter apolítico de la reorganización propuesta, algo que, como vimos, ya había ocurrido en España con ocasión de la sustitución del SEU por las APE. Una reforma que, sobre un manto aséptico, trataba de actualizar el capitalismo portugués no podía prender en una sociedad altamente politizada. Los sectores más avanzados entendía que la democratización de la enseñanza era un camino impracticable «sin las debidas opciones políticas» y «sin una radical transformación de las relaciones de producción», lo que demostraba que «la escuela no es apolítica, como no pueden serlo su enseñanza y vida interna»⁴⁵. A partir de 1970, la «lucha pedagógica» se abrió camino con la correspondiente crítica al «contenido de clase» de los programas y la pretendida neutralidad de la ciencia, un fenómeno que culminó en los «cursos libres» de Económicas, donde los estudiantes lisboetas sustituyeron los planes de estudio por otros considerados más coherentes y estructurados.

⁴¹ STOER, Stephen, *Educação e Mudança Social em Portugal. 1970-1980, Uma década de transição*, Porto, Afrontamento, 1986, págs. 114-115.

⁴² *Comércio do Funchal*, n.º 2058 (1970), pág. 1.

⁴³ SIMÕES, Santos, *Ensino: projecto de reforma ou reforma do projecto?*, Porto, Razão Actual, 1971, pág. 14.

⁴⁴ Cfr. TEODORO, António, *A construção política da educação: Estado, mudança social e políticas educativas no Portugal Contemporâneo*, Porto, Afrontamento, 2001, pág. 289.

⁴⁵ *Comércio do Funchal*, n.º 2096 (1971), pág. 3.

La descomposición final de los regímenes dictatoriales ibéricos vino acompañada de propuestas de educación alternativa que funcionaron en también España sobre todo entre 1974 y 1975. El caso más sonado y paradigmático fue quizás el de Valladolid que en 1975, con el centro cerrado, vio aparecer la «Universidad paralela». A ello se le añadía, como en Portugal en esos momentos, un análisis del papel reformador de la educación o la ciencia, desde planteamientos marxistas, para acabar con las diferencias sociales de clase. Frente a la ciencia descriptiva, positivista y memorística, se abogaba por otra que fuera reflexiva, evaluativo y crítica, en la línea de Gaston Bachelard, Jean Marc Levy-Leblond o Paul Feyerabend y sus tesis sobre la proletarianización y democratización de la Ciencia, etc.⁴⁶.

En el trienio 1970-1973 tanto en Portugal como en España se aprobaron medidas reformistas en Educación. Sometidos a presiones idénticas (masificación, exigencias de democratización de la universidad tanto de los contenidos como de la gestión, radicalización de las posturas políticas, etc.), ambos países se verán en la necesidad de actualizar el marco legal en el que se desenvolvía la enseñanza superior. En España fue José Luis Villar Palasí y su equipo los encargados de diseñar y ejecutar la Ley General de Educación (LGE) de 1970. Visto en perspectiva el franquismo, se trataba de la última de las grandes leyes, consideradas pilares del Nuevo Estado, que se reformaba desde la Guerra Civil⁴⁷. La LGE venía a sustituir a la Ley de Ordenación Universitaria (LOU) de 1943, con el añadido de que regulaba todos los niveles de la enseñanza, desde la primaria hasta la universitaria. Era una ley liberalizadora, si se la compara con la de 1943, y procuraba establecer conexiones entre la universidad, la sociedad y las empresas; aunque esa liberalización, en boca de la élite franquista resultaba insuficiente y sospechosa para los opositores (financiación, gestión, participación, etc.)⁴⁸. El movimiento de protesta contra la Ley fue extraordinario, sumándose además un nuevo frente que se articulaba por aquellos días, el de los profesores no numerarios (PNN), algunos de cuyos líderes se habían forjado solo unos años atrás en el movimiento estudiantil. La aparición de las pruebas de acceso a la universidad (selectivi-

⁴⁶ Las revistas estudiantiles de estos años contenían de vez en cuando artículos sobre dichos autores, reseñas de libros o conferencias, etc. Cfr. «Historia de las Ciencias», *Vector Libre. Revista de los estudiantes de Ciencias*, 2 [Universidad de Sevilla], s/f [ca. mayo 1974], págs. 23-24.

⁴⁷ Otras podrían ser la Ley de Convenios Colectivos, aprobada en 1958 o Ley de Prensa de 1966, que sustituía a la de 1938 con fuertes improntas fascistas.

⁴⁸ Como era natural, medidas liberalizadoras de este tipo fueron reclamadas desde diversos ámbitos, con enorme fuerza desde el ultraconservador Opus Dei. Sobre ello, cfr. ORLANDIS, José, *La crisis de la Universidad en España*, Madrid, Rialp, 1966, claro exponente de la visión liberal (en economía, que no moral o social) que tenía el Opus en relación con la educación y que llevaba incluso a emitir críticas sobre Franco.

dad) y, sobre todo, la discusión de la Ley en el Parlamento durante 1974 provocó el más importante debate social durante todo el franquismo con la participación de agentes muy variados, tanto individuales como colectivos⁴⁹. La LGE y la Ley de Selectividad fueron otros dos buenos aglutinantes del movimiento universitario contra la dictadura.

La lucha en las universidades hispánicas se acrecentó de manera formidable hasta el punto de que las cuestiones académicas internas fueron cada vez menos importantes para explicar la movilización, excepción hecha de todo lo que tuviera que ver con la «política educativa». La proliferación de grupos políticos, la normalización de las asambleas y los debates abiertos sobre aspectos que iban mucho más allá de la mera gestión universitaria, la pérdida relativa de miedo a la represión, la masificación de las acciones de protesta y su reiteración, etc., facilitaron la asunción de estrategias de acción que ya de ninguna manera se podrían explicar desde la teoría del interés racional individual. Los riesgos asumidos fueron mayúsculos y sus consecuencias indudables, como las huelgas de exámenes de 1972 (Valencia, pero sobre todo, Madrid), recurso empleado, como hemos visto, por los estudiantes lusos solo unos años antes. Por otro lado, la repercusión que tuvieron en las universidades los problemas obreros y sindicales, como el conocido *Proceso 1001*, contra diez miembros de las ilegales CC. OO. (casi todos dirigentes), detenidos en junio de 1972, hablaba a las claras de una nueva fase, que miraba solo de reojo las cuestiones académicas para atender e implicarse en asuntos eminentemente políticos. La aproximación al movimiento obrero era un buen reflejo de la alta politización del movimiento estudiantil, lo que se tradujo en numerosos actos de apoyo, recogida de firmas y donativos, conferencias, concentraciones y marchas, etc.

DE LA RADICALIZACIÓN A LA REFLEXIÓN

A partir de 1973 hasta 1977 se podría decir que se vivió una fase ultrapolítica, donde la contestación alcanzó unos límites desconocidos, tanto por su reiteración, contundencia y extensión (geográfica y humana), pero ahora con un enfoque político que llegaba a «olvidar» la cuestión universitaria. Mientras en Portugal se consumaba el fin de la dictadura y se iniciaba un proceso revolucionario incruento, en España se incrementaban las protestas y los detenidos. Solo unos meses antes del 25 del abril del 74, un estudiante de la Universidad de Valladolid, y militante de la JGR, caía por la ventana de la comisaría. El

⁴⁹ Un dato servirá para ilustrar el malestar generado incluso dentro del Parlamento: se presentaron 22 enmiendas a la totalidad y más de 140 parciales, un record absoluto en toda la historia del franquismo.

recuerdo de Ruano fue inmediato, pero la movilización, a diferencia de entonces que disminuyó, explotó alcanzando unas dimensiones considerables, propias de un movimiento en el que la solidaridad jugaba un papel estelar. En efecto, la Revolución de los Claveles no podía leerse en las universidades españolas más que como el anticipo de lo que estaba por llegar, una perspectiva optimista que retroalimentaba las esperanzas y reforzaba el ánimo de los contestatarios.

La irrupción revolucionaria que sucedió al golpe de los capitanes dejó sin valor muchas de las reivindicaciones típicas de los primeros años setenta. La nueva coyuntura impulsó a algunos de los jóvenes más politizados a que abandonasen sus estudios por considerar que el campo prioritario de la lucha política se encontraba fuera de los muros universitarios. También hubo estudiantes que participaron en campañas de alfabetización, de dinamización cultural o de apoyo a las poblaciones con carencias en el interior del país, conformando las brigadas de auxilio para la reforma agraria en el Alentejo. Buena parte de esta intervención se canalizó a través del Servicio Cívico Estudiantil, creado al comenzar el curso académico 74-75 para dar respuesta a abultado número de voluntarios en la enseñanza superior que de este modo colaboraban durante un año, aliviando por otra parte la presión sobre las universidades y participando en el proceso de transformación social por el que atravesaba el país⁵⁰. Así, en el interior de las universidades, proliferaron iniciativas y discursos destinados a inaugurar la Nueva Escuela; el conflicto ideológico entre las diferentes corrientes estudiantiles dentro de la órbita de la izquierda, se exacerbó llegando hasta el punto de la violencia física. El proceso también sirvió para realizar una depuración entre el profesorado más comprometido con la dictadura.

Con el reflujo del vendaval revolucionario tras el 25 de noviembre de 1975 y la victoria del Partido Socialista en las elecciones, el grado de ebullición del movimiento se reduce. Entre 1976 y 1977 la «normalización democrática» también llegó a los centros de enseñanza. El combate contra la Ley Cardia, en este último año, marca el inicio visible e institucional de esta fase: el ministro de Educación Sottomayor Cardia consigue que se apruebe un decreto que buscaba la pacificación de las universidades promocionando la vuelta de algunos profesores depurados. Pese a la agitación estudiantil la intensidad de la lucha fue a menos y el gobierno terminó por implementar las medidas propuestas. Paulatinamente, la primacía del PCP y de las organizaciones de ex-

⁵⁰ El Servicio Cívico solo tuvo vigencia efectiva durante dos años lectivos. En el primero, 74-75, se presentó como voluntario y atrajo a 8758 estudiantes; el segundo, ya obligatorio, aglutinó a 11814 alumnos. Sobre este servicio puede consultarse el documentado trabajo OLIVEIRA, Luísa Tiago de, *Estudantes e Povo na Revolução. O Serviço Cívico Estudantil (1974-1977)*, Oeiras, Celta Editora, 2004 o «Estudiantes fuera de la escuela en la revolución portuguesa. El Servicio Cívico Estudiantil (1974-1977)», *Historia Social*, 49 (2004), págs. 135-157.

trema izquierda fue dejando paso al Partido Socialista (PS) y Partido Socialdemócrata (PSD), centro izquierda y centro derecha en el espectro político portugués, tendencia que se confirmó y consolidó durante los años 80.

Aquel proceso de desmovilización no fue muy diferente al que se registró en España, casi en fechas coetáneas debido a los vaivenes políticos durante los dos primeros años desde la revolución, lo que quizás hizo que a partir de 1976-77 prácticamente ambos países caminaran de la mano. Como hemos indicado, especialmente desde el 25 de abril del 74 los españoles miraban con atención al país vecino y fueron muy frecuentes los viajes para conocer *in situ* lo que estaba ocurriendo. Por ello no sorprende la emoción con la que se organizaron en las universidades los actos conmemorativos al primer aniversario de la Revolución de los Claveles. La respuesta gubernamental llegó a ser de una brutalidad extrema, quizás apurando los que resultarían ser los últimos recursos de una dictadura agónica y sin futuro. La dinámica arrastrada por el movimiento estudiantil implicó que la muerte de Franco no se tradujera en el fin del mismo. La alta politización hizo que los conflictos universitarios se intensificaran, con el añadido del incremento de los choques con la extrema derecha que cobró fuerza, impulsada desde las cloacas del Estado, en los años de la transición.

El proyecto de la extrema izquierda, la más movilizada con diferencia, no se detenía en el fin de la dictadura: a esas alturas eran más anticapitalistas que antifranquistas (este se leía como una prolongación de aquel) de modo que aún quedaba todo el trabajo por hacer: destruir el capitalismo y levantar la sociedad sin clases. Ello explica, unido a circunstancias específicas (como la legalización de cara a las elecciones de 1977 solo hasta el PCE, dejando fuera del juego político a los partidos a su izquierda) el que se mantuviera aún unos años más la movilización universitaria con claro contenido político⁵¹. Los partidos que obtuvieron representación parlamentaria en las elecciones generales de junio del 77, incluido el PCE, modificaron su estrategia de masas, procediendo a su desmovilización en aras a la estabilidad democrática. A partir de entonces, a la altura de 1978, la democracia pasaba de las calles a los despachos. El PSOE, que durante el franquismo apenas tuvo presencia en los movimientos de base ni tuvo estrategia de movilización, vio evidentes motivos para «esterilizar» a unos movimientos sociales que nunca había controlado; y el partido entonces mayoritario, UCD tenía aún menos interés en mantenerlos activos⁵². Su suerte estaba echada. En menos de un lustro pasó de ser

⁵¹ Sobre todo ello, cfr. CARRILLO-LINARES, Alberto, «Movimiento estudiantil antifranquista, cultura política y transición política a la democracia», *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 5 (2006), págs. 149-170.

⁵² Sobre la llamada «esterilización de los movimientos de masas» en el PSOE, cfr. OÑATE RUBALCABA, Pablo, *Consenso e ideología en la transición española*, Madrid, CEPC, 1998, págs. 134-135 y 158-166, donde hay referencias también al PCE.

un movimiento sociopolítico a uno de básica orientación académica (leyes generales, planes de estudio, selectividad, sistema de créditos, becas, etc.) aunque no desaparecieron, ni han desaparecido, los vínculos políticos en la mayoría de las reformas y conflictos habidos⁵³. Puede que la visión puramente política, propia del militante organizado, del fenómeno haya quedado circunscrita hoy a grupos minoritarios; en realidad numéricamente no muchos menos de los que la tenían ayer; la diferencia estriba en que en durante la dictadura la relación entre la élite y la base era mucho más dinámica y con posibilidades de movilización, mientras que hoy se encuentran a una distancia considerable.

En la desmovilización de los frentes estudiantiles ibéricos influyó finalmente el cambio del paradigma cultural heredado de los sesenta, o si se prefiere el clima cultural internacional no era favorable en los años ochenta. Era el fin de una ola de protesta iniciada simbólicamente en Berkeley.

CONCLUSIONES

En este artículo mostramos cómo, sobre todo a partir de 1965, con la superación de la fase de «autonomía estudiantil», los movimientos estudiantiles en Portugal y España entraron en un camino de politización creciente, cada vez más alejado de las reivindicaciones puramente académicas. La dificultad que suponía la existencia de dos dictaduras muy parecidas no impidió que la juventud universitaria se viese afectada por la misma sintonía internacional que hizo reaparecer a la juventud como actor social, después de treinta años de letargo, haciendo suyos algunos de los temas más comunes de la época: crítica al funcionamiento y la función de la universidad, ampliación de la democracia a nuevas esferas, cuestionamiento de la neutralidad científica, denuncia del capitalismo y la moral tradicional, asunción de nuevos modelos de conducta y consumo, etc. Fue la revolución cultural de la que habló Marwick, responsable de las profundas transformaciones en el campo de la cultura, la política o la moral y propaladas sobre todo a partir de las universidades y los sectores juveniles de clases medias, con resultados diversos en función de circunstancias domésticas⁵⁴.

Una de las pruebas de que ambos países estaban sometidos a los influjos externos remite a la aparición de organizaciones de extrema izquierda que, a la par, fueron llenando de color político las Universidades; pero también los

⁵³ Las principales leyes podrían ser: Ley General de Educación (LGE, 1970); Ley de Autonomía Universitaria (1979); Ley de Reforma Universitaria (LRU, 1983); Ley Orgánica del Derecho a la Educación (LODE, 1984); Ley Orgánica de Ordenación General del Sistema de Enseñanza (LOGSE, 1990), Ley de Ordenación Universitaria (LOU, 2001) y actual Plan Bolonia.

⁵⁴ MARWICK, Arthur, *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy and the United States, c. 1958-1974*, Oxford, Oxford University Press, 1998.

debates planteados en las universidades eran un fiel reflejo de los que estaba ocurriendo fuera de la frontera ibérica.

Con ligeros matices temporales, a partir de finales de los 60 y principios de los 70, la sociedad —y no la universidad— se convirtió en el objetivo primordial de los contestatarios, mientras que la dinámica ultrapolítica llevó a la fragmentación del movimiento estudiantil. Fue en estas condiciones en las que produjo el cambio político. Su papel histórico de cara a este objetivo (lucha contra la dictadura, planteamiento de un mundo alternativo y formación de cuadros políticos) estaba cumplido. A partir de ese momento las posiciones radicales que seguían dominando en las universidades fueron un estorbo para la consolidación democrática que perseguían sectores más moderados. Una vez conquistado el poder, había que proceder a su desmovilización social y domesticación política. Y así se hizo.

Fecha de recepción: 22-02-2011.

Fecha de aceptación: 4-04-2012.